



Doña Adela

Luz María Rodríguez Sáenz.¹

i Quién no recuerda a Doña Adela Sáenz Arteaga?, un personaje importante de Atlapexco, parte del corazón de la querida y apreciada Huasteca hidalguense. Será por su memoria privilegiada que tantos se acuerdan. Un libro abierto era ella. Guardaba las historias, cada acontecimiento del pueblo, de México y del mundo, lo tenía bien claro en su cabeza. Siempre estaba leyendo, todo papel impreso que llegara a sus manos era un tesoro: libros y revistas, pasquines y folletos. Hasta la biblia leyó, no porque fuera muy religiosa, sino solo por el gusto de leer ¿o tal vez para poder platicar con Dios?, ¿quién dice que no?

Doña Adela sabía todo, hasta las fechas de nacimiento de la gente del pueblo. Cuando en las familias se necesitaba realizar un trámite de boleta de nacimiento, porque antes no se conocían las actas como tal, o para un testimonio de defunción, los padres le decían a su hija o hijo: “anda ve con tu tía Adela a preguntarle cuando naciste”. Así de sencillo era conocer una fecha olvidada.

La niña, niño o joven andaba hasta el solar donde ella se sentaba en su mecedora bajo la sombra de un tamarindo, aliviándose un poco del bochorno y la humedad que cargaban el aire después del mediodía, pardeando la tarde como se dice. Con una voz agitada, todavía mitad por la carrera y mitad por la ansiedad, preguntaba para conocer el secreto que era tan suyo: “tía, dice mi mamá que si me puedes decir cuándo nací”.

Doña Adela levantaba la mirada, despegando los ojos de la lectura, y con una sonrisa respondía:

-Si mi hijita, siéntate- y en su cabeza se ponía a repasar los alrededores de la fecha en la que aquella cría había nacido. Así, hasta que concluía:

-Tu naciste el 25 de abril de 1958, porque un día después, el Güero -así le decía a su esposo- se fue a dejar ganado a la hacienda de Vaquerías, allá adelante de San Agustín Mezquititlán, ya muy cerca de Atotonilco El Grande.

Entonces se agolpaban los recuerdos, como el agua cuando llueve fuerte y hace canales que luego se convierten en arroyos:

1 Instituto para el Desarrollo Sustentable en Mesoamérica A.C. IDESMAC



-El Güero me contó que Vaquerías era un rancho que tenía como cincuenta mil hectáreas, muy grande, ahí llegaba ganado de muchos lados, allá, ya lo metían en carros y lo llevaban a México- no había manera de detener la plática, seguía contando, yéndose más atrás, más lejos:

-Antes no había camino pavimentado para llegar al pueblo, la carretera de la Ciudad de México a Huejutla llegaba hasta el Río Venados, ese brazo verde que se ve clarito al fondo de la cañada que pasa uno después de Meztitlán, y de ahí, pura terracería. Recuerdo bien tu fecha de nacimiento porque fue la primera vez que el Güero llevó el ganado de Don Cheque Reyes, un hombre muy rico que tenía muchos ranchos aquí, en toda La Huasteca, en Veracruz, San Luis Potosí, Tamaulipas y aquí también, en Hidalgo. En esa ocasión estuvieron juntando a los animales de los alrededores, los bajaron desde varios ranchos, luego los vaqueros encaminaron la caravana por la ruta que pasaba por Tlalchihualica, Calnali, Zacualtipan, San Agustín y de ahí, hasta llegar a Vaquerías, llevaban como cuatrocientas reses.

Tras una pausa para tomar aire cerraba; buscando las palabras justas que ella pensaba quería escuchar aquella niña que recién sabía cuándo habían sido parida, si en medio de la temporada de lluvias, de los fríos nortes o del calorazo de verano:

-Recuerdo que un día después que el Güero se fue, pasó por aquí tu papá y le pregunté: “¿ya nació, ¿qué fue?, ¿cómo está tu mujer?”-. Entonces, con mucho cariño se dirigía mirando a los ojos de la curiosa:

-Tu papá me contestó: “si Adelita ya nació, fue niña y Florencia está bien, aunque le costó un poco parir, porque no quería nacer la chiquita”, por eso es que recuerdo bien tu fecha.

Ya con el día de nacimiento escrito con aquella hermosa letra que tenía Doña Adela, se iba la niña, contenta de que su tía supiera tanto de ella, se sentía más importante que cuando había llegado a preguntarle. ¿Quién podría negar que, a partir ese día, la cría se volvió parte de la historia de Atlapexco?

Doña Adela siempre que tenía algo que contar, agarraba a cualquiera de sus hijas para que le acompañaran a despejar la noche bajo la luna huasteca, que según dicen, brillaba más que las candelas que se prendían en los tiempos de antes, no había luz eléctrica en el pueblo. El humo de las candelas espantaba a los moscones de cuatro y dos patas, que siempre rondaban a las famosas cozolitas:

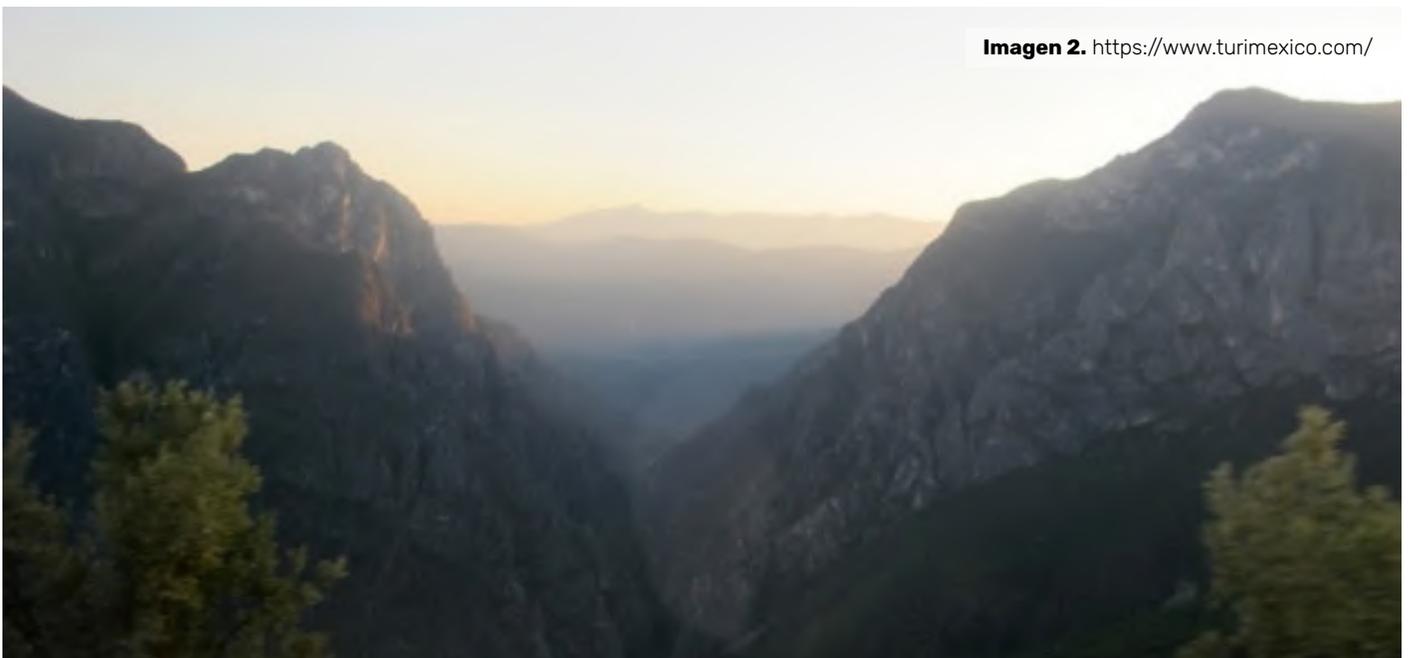
-Cuando el Güero regresaba de esos viajes- seguía diciendo Doña Adela mientras despuntaba un vestido -me contaba las dificultades de llevar ganado, me platicaba de que las reses a veces agarran otros caminos; entonces, uno de los vaqueros tenía que quedarse a buscarla. Otras veces, si el paso del camino se hacía angostito, los animales se arremolinaban y podían aplastarse entre ellos; la vida de los vaqueros no era fácil- suspiraba como si con ello pudiera volar hasta los parajes en donde dormía su marido. -Me contaba el Güero que en época de lluvia a las reses les elaboraban zapatos; sí, zapatos, porque en las mañanas cuando ya había buena luz, revisaban las patas de los animales y eso era peligroso porque una vaca puede patear muy fuerte, así como dicen “como patada de vaca”; podían causarles fracturas a los vaqueros, entonces, cuando veían que un animal tenía una inflamación ya sea porque se había cortado con algo filoso o porque el lodo iba profundizando en la pata de la vaca, o sea ya la pata de la vaca tenía partido el casco, entonces se iba abriendo y se iba inflamando, por eso les ponían su zapato de cuero para que ya no se siguiera lastimando y no se infectara, porque si se infectaba tenían que tratarla con medicamento, porque esa enfermedad es muy dolorosa para los animales. También sufrían mucho a la hora de alimentarse, para comer y tomar café, fuera al amanecer o ya entrando la noche, lo tenían que hacer muy rápido: tortillas frías y café muy caliente, por eso- insistía hacia la hija en turno -. El Güero siempre



bebía el café casi hirviendo, y entre sorbo a sorbo metía el aire frío al líquido caliente, para así no quemarse y tardar de más, pues el tiempo era todo para un vaquero. Se daban cuenta que ya habían caminado unas 10 leguas cuando estaban por Calnali- contaba señalando con la mano una dirección imaginaria en la que se ubicaba ese pueblo -cuando las flores iban cambiando; flores que aquí no hay: gladiolas, nochebuenas, hortensias, árboles enormes como los pinos que cuando se mecían hacían un sonido muy bonito, como las pepeyocas en nuestro río, también se podían encontrar otras frutas: manzanas, tejocotes, ciruelas y peras,-así eran las tierras frías, donde las mujeres nunca se quitan el rebozo y no se suda tanto todo el día-. Entonces, la vista de doña Adela nuevamente se concentraba en su solar, algo conectaba esa lejanía, con el jardín tropical que era su patio: -una vez el Güero trajo dos arbolitos de manzana, los sembramos y los dos pegaron, uno lo cortaron cuando enderezaron esta calle, ésta que ahora se llama Felipe Ángeles, porque antes estaba toda chueca. Cuando el Ing. Luis Flores era presidente municipal de Atlapexco, mandó rectificar todas las calles, nos quitaron como dos o tres metros de solar y ese manzanito se perdió, el trascabo arrasó con todo, también tiró dos ciruelos y un zapote ya grande, del otro manzano pues como que nunca dio su frutita. El único arbolito de manzana que dio fruta aquí en Atlapexco, es uno que tiene Don Evaristo Luna, allá abajo, ese si se hizo un árbol copocito y dio muchas manzanas amarillas chiquitas durante bastante tiempo.

Durante años, en casa de Doña Adela se recibía el correo del pueblo. El Güero se encargaba de la valija, para llevarla, a veces le daban un aventón las pocas redilas que pasaban, a veces a lomo de mula, a veces a pie hasta Huejutla, a unos veinte kilómetros de Atlapexco. Huejutla es uno de los centros regionales más importantes de la Huasteca. Ella hacía la entrega de las cartas, llevaba la administración de la correspondencia, de los giros postales y la paquetería. Muchas veces se encargaba de leer y escribir las cartas a las personas que no sabían hacerlo. Ahí se contaron cientos de historias, las alegrías y tristezas, los que habían nacido y quienes ya descansaban en el campo santo, las muchachas que se habían casado y los jóvenes que se habían ido a buscar fortuna; de caballos, pollos y cosechas logradas o perdidas, de los sueños de unos, del extrañar de otros. A veces las cartas traían dinero en un giro postal, algún regalo, un dibujo o una foto medio doblada, con los rostros de quienes ya no estaban en el pueblo; y, sin embargo, seguían atados a los sonos,

Imagen 2. <https://www.turimexico.com/>





las enchiladas y el zacahuil de la Huasteca, es así que esta tierra reclama los recuerdos todo el tiempo. No se conoce a nadie que se haya podido escapar, es como si se estuviera pegado a ella, ¿o no?

Una vecina llamada Pina, siempre le mandaba giros postales a su hijo que estudiaba en la famosa Normal del Mexe, un internado de hombres en el que se formaron muchos maestros de la región. Era una mujer que lavaba ropa ajena, se iba al río con su hija Rosa. Todos los martes y jueves, se le veía cargando una maletota de ropa para lavar, mientras Rosa llevaba la batea, el pan de jabón huasteco y la ceniza que se recoge del fogón cuando se quema la leña.

Las hijas de Doña Adela siempre querían ir al río con Pina, si no había otro quehacer en casa; ella decía que sí, sabía que para ellas era como día de fiesta. Salían desde las ocho de la mañana, cuando el Sol todavía no se asomaba por detrás del Xochiamitl, el cerro de flores que, como guardián, todo el tiempo estaba mirando al pueblo; regresaban hasta las cinco de la tarde, cuando ya había pasado el calor más fuerte. El permiso dado tenía una condición, una especie de lección para las cozolitas:

-Vayan- decía Doña Adela -siempre y cuando le ayuden a Doña Pina.

Para todos en Atlapexco, ir al río permitía no solo estar chapoteando o refrescarse en el agua, también se aprendía a nadar, a atravesar el río para ir a recoger mangos manila de una arboleda que todavía está hasta ahora, se iba a tirar piedras, todas las que se quisieran porque el río tenía unos pedregales inmensos, a veces incluso, se trataba de aprender a pescar cozoles y atehuitlas, es decir, camarón de río y ciempiés de agua. En los playones de pedregales, los más avispados buscaban piedras con alguna característica particular, rocas que parecían labradas a mano con números, letras y dibujos. Por eso Atlapexco quiere decir en náhuatl “balsa sobre el agua”, porque aquí quien dispone el orden de todo es el río, que en algunas partes se vuelve muy ancho.

La ayuda que había que darle a Doña Pina parecía cosa sencilla, pero no lo era: tender y destender la ropa que iba lavando y enjuagando sobre el pedregal. Una primera vuelta era para cuando enjabonaba, la ropa se dejaba así para que soltara la suciedad, luego venía la enjuagada y los vestidos, pantalones, calzones y enaguas se iban a poner otra vez a las piedras para que se secaran. Si la ropa que se había lavado la primera vez y no le había salido la mugre, se enjabonaba y se llevaba a asolear de nuevo; la más sucia, era de las personas que trabajaban en el campo, en cambio, la de los maestros no estaba realmente manchada. A la ropa de plano muy

sucia, se le daba una enjuagada con agua de ceniza, esa misma que Rosa había traído de su casa. La ponía en una cubeta con agua, la revolvían y la dejaban asentar, cuando aclaraba, el agua era muy transparente; esta lejía dejaba la ropa pulcra y blanca.

Todas esas vueltas de tender y destender a Doña Pina le ahorran mucho tiempo y trabajo. A la hora de comer, después de ir y venir, el lonche que se llevaba: frijoles, enchiladas, café y pan, y de vez en cuando carne, sabía a gloria. Con tanta hambre, después de andar retozando en el agua, las enchiladas de Doña Pina sabían muy ricas, hasta el café con pan era más sabroso. Para tomar agua se tenía que caminar a un arroyito que nacía unos cien metros río arriba, alrededor de ese manantial, crecía una hierba que se llama berro, que les daba un mejor sabor a las enchiladas. Por la tarde, el grupo de mujeres regresaban ya muy cansadas, las cozolitas bien coloradas, como camaroncitas cocidas.

Esa era la labor de Pina. De vez en cuando, se tomaba su tiempo para ir a la casa de Doña Adela para enviar las cartas a su hijo. En ellas le contaba de los sucesos del pueblo y la familia, de sus penas y anhelos, de su esperanza de que terminara la escuela, se hiciera maestro y así salieran de pobres. Había muchas historias parecidas, a veces el hijo regresaba, a veces no, casi siempre llegaban muy cambiados, todo menos cariñosos y agradecidos con quien tanto trabajó para mandar un poco de dinero y lograr que fueran alguien en la vida, o bueno, que al menos terminaran una profesión. Así son a veces las crías, no todas salen buenas, se les mete no sé qué en el alma y se vuelven de lo peor, aunque la verdad de eso ya nadie se acuerda o quiere acordarse, en cambio Doña Pina, si se quedó como otro ejemplo de lo trabajadoras que son las mujeres de aquí en Atlapexco, ¿pues cómo no va a ser?



Imagen 3. <https://hidalgo.lasillarota.com/>



A la oficina de correos también llegaban las, por entonces muy conocidas, revistas LIFE. De formato amplio, quizá tamaño doble carta, con letras grandes, las fotos con unos colores muy vistosos, era muy llamativa. Traía muchos reportajes de todos los temas de actualidad: los Beatles, la guerra en Vietnam, Cuba y su revolución, de Fidel Castro y el Che Guevara y de la alta sociedad mundial como Jackie Kennedy. Doña Adela las leía de cabo a rabo. En una ocasión, junto a algunas de sus hijas, leyó en voz alta para compartirlas un reportaje sobre la vida de los hippies en los Estados Unidos; el reportaje narraba con cierto detalle y un posicionamiento curioso cómo estaban organizados, lo que comían, como vestían los adultos y los niños, y cómo hablaban de luchar por los derechos, era algo tan diferente a lo que se vivía en el pueblo, que parecía que no era verdad, como si fuera una

película. La cara de Doña Adela al ir leyendo era de asombro, alegría y melancolía; algunas veces se veía como intrigada e incrédula. Era muy difícil saber los sentimientos que le provocaba aquellas vidas, tal vez admiración, pero nunca con rechazo o algo semejante, una mujer muy avanzada para su tiempo.

Sus anhelos de heroísmo y justicia los proyectaba cuando hablaba de los reportajes que leía acerca de Cuba, Fidel Castro y el Che; venían unos relatos y fotos impresionantes de los revolucionarios. Doña Adela repasaba esos escritos una y otra vez, como si quisiera memorizarlos. En realidad, era una forma de vivir y compartir sus causas, solo le faltaba tomar una escopeta, hacerse un lonche gigante de enchiladas y agarrar camino rumbo a Cuba. Aunque no eran muy visibles en las fotos ni en los relatos, ella percibía la presencia de las mujeres en la revolución cubana y la importancia que tenían, muchas veces se le veía mirando fijamente la imagen de una muchacha que sonreía a la cámara cargando un fusil al hombro, que llevaba el uniforme guerrillero, con un listón en el brazo izquierdo de color negro y rojo que tenía una fecha: 26 de julio. Así fue que se inclinó por la izquierda. De todo lo relacionado con la revolución cubana tenía su propia opinión, si alguien se refería mal, no comúnmente, a Fidel o al Ché, ella los defendía a capa y espada. Se volvió una seguidora



Imagen 4. <https://vivehidalgo.tumblr.com/>

del Che Guevara, para ella era mejor persona que Fidel: -realmente se preocupaba por los demás, era como Jesucristo, porque cuando se fue a Bolivia a hacer la revolución, sabía que lo iban a traicionar- afirmaba contundentemente ante cualquiera. Cuando leyó “El diario del Che en Bolivia” pudo saber más de él y creció su admiración por el revolucionario. A partir de entonces, en el altar que preparaba para celebrar Xantolo, es decir el día de muertos, siempre había una foto y una veladora para él.

Siempre dispuesta a platicar con cualquier persona que fuera a visitarla, tenía un repertorio amplio, por eso cuando fue Don Severo y se puso a platicarle de Fidel Castro y de la revolución cubana, de asaltos al tren Moncada, de que Fidel fumaba puros de tabaco; prácticamente esto último fue lo único que pudo medio entender el Don, porque los días viernes de plaza, compraba hojas de tabaco que llevaban a vender los indígenas de Tecolotitla; él los preparaba y los envolvía para hacerse un cigarro. De lo demás ni idea tenía, pero la forma de narrar que tenía Doña Adela le hacía sentir que si sabía y si no sabía aprendía con esas grandes pláticas.

Otra cosa que comentaba era sobre la moda de los vestidos que Jackie Onassis llevaba puestos en las fotos. Así, ella podía además de hacerles vestidos a sus hijas, a las muchachas y señoras del pueblo. Las grandes faldas con crinolina, las cinturitas de avispa eran costuras que hacía con mucho agrado, ya que, en los bailes, fiestas, torneos de basquetbol o cualquier otro acontecimiento que hubiera en el pueblo, las miradas de todos se centraban en sus hijas

y hacían comentarios para saber quien llevaba un vestido hecho por ella. Principalmente en las carreras de caballos, en donde cada corredor escogía una madrina para premiarlos, las hijas de doña Adela eran las primeras en resaltar en el pódium porque belleza y calidez estaban asegurados en el evento.

Costurera empírica, generalmente necesitaba una muestra de la talla de la persona a la que le iba a hacer un vestido, una blusa o una camisa. Desde muy chica gustaba echar a andar el pedal de la máquina de su tía Caritina y así, aprendió también a remendar, a juntar cientos de pedacitos de tela y hacer sábanas y almohadas. Los viernes de plaza, se la pasaba revisando cortes y retazos con los roperos que venían de la Sierra, llegaban de por allá, de tierra fría, de Zacualtipan y otros lugares. Estos vendedores traían telas, rebozos y ropa. Religiosamente Doña Adela siempre compraba los viernes alguna tela.

En su último embarazo, le dieron para elaborar veinticinco “shorts”



para el equipo de básquetbol de Atlapexco; el cual, por cierto, tenía una gran tradición de ganador en la Huasteca hidalguense. Dicho encargo le enorgullecía, porque no a cualquier costurera se le daba un trabajo como ese. Se debía tener una gran destreza por el grado de dificultad que presentaba, pues cada pantalón corto llevaba una serie de ojillos y listones en su elaboración. El equipo de básquet era toda una autoridad, y colaborar con él, aunque sea en la porra, ya de por sí era motivo de orgullo, ¿Quién no recuerda los reñidos encuentros contra el equipo de Huejutla?

Para sus hijas era una fortuna tenerla como costurera. Podía confeccionar un vestido sencillo en unas tres o cuatro horas y con eso, por lo menos una de ellas, estaba lista para irse al baile estrenando. Si no pregúntenles, cómo se distinguían cuando llegaban a la Galera, una techumbre en donde se armaban los bailes en Atlapexco o en cualquier otro pueblo de la región. Eran famosas las cozolitas con lo florido de sus vestidos, hábilmente elaborados por unas manos sabias.

Para costurar, Doña Adela tenía una máquina Singer, la cual era su gran orgullo, por la dificultad que representaba hacerse de una de ellas en ese tiempo. Su casa, tenía la puerta de entrada al oriente, a la salida del sol, había una sala del lado derecho y un cuarto al lado izquierdo, la máquina de coser estaba ahí, sobre un piso de tierra, justo al lado de la ventana que dejaba entrar el viento del norte. Antes de coser, barría y regaba el piso para mantenerse fresca, sobre todo durante los largos meses de calor. Justo al lado de la máquina de coser estaba el catre donde su esposo tomaba la siesta, arrullado por el runrún del pedal que unía al hilo con las telas; en ese mismo catre ella ponía encima una caja de madera con cuatro patas altas, la cual cubría con una cobija, una sábana y una

toalla para dar el último toque a sus creaciones, pasándoles la plancha de carbón. Entonces, cuando estaba planchando, quitando hilos, abriendo costuras, ella se ponía un hilo en la boca y empezaba a entonar canciones de Los Panchos, los Hermanos Martínez Gil, Los Dandis, así las calurosas tardes se llevaban mejor, con el murmullo de una melancólica melodía:

-Siempre que te pregunto
Que cuando, cómo y donde
Tu siempre me respondes
Quizás, quizás, quizás...-

Como todas las costureras, daba la sensación de estar ausente mientras trabajaba. Muchas veces apretaba uno de los labios cuando hacía alguna curva en la costura o bien cuando tenía que hacer algún plisado. Entonces, al ritmo que ponían pies y manos, mientras hacía funcionar la Singer, tarareaba otras canciones que sonaban muy viejas, de la época de la Revolución, algunas nostálgicas de Agustín Lara y ¿cómo no?, los sonos huastecos, cuando estaba alegre. Nadie podría negar que el compás de ese murmullo, era la manera en que el par de esposos se declaraba su amor, así, sin palabras: solo con la insinuación de serenidad que daban las tardes en las que el Güero llegaba cansado a refrescarse y ella, veía la manera de disfrutar las horas de creatividad casi en silencio.

En una esquina de ese cuarto, como soldados, estaban los petates enrollados, los que por la noche se desplegaban y por la mañana se volvían a acomodar, como en guardia. Había también dos tambos de cartón unidos por una madera atravesada, donde se colocaban las sábanas que se usaban en verano; todas esas sábanas hechas de los retacitos que sobraban de los cortes con los que hacía las prendas de ropa que le pedían. Cada vez que sus hijas se ponían a revisar esas sábanas, podían recordar los vestidos, donde los habían estrenado, las canciones que habían bailado con sus enamorados. Las sábanas se cambiaban en invierno por las cobijas que se traían de las tierras frías.

A través de la ventana, Doña Adela seguía las historias que pasaban por la calle. Una vez pasó llorando un niño que iba para la escuela, sin dejar de costurar le preguntó:

- ¿Por qué lloras hijito? - a lo que la cría contestó:
-porque mi mamá no me dio nada de comer, solo me dijo: "ya vete a la escuela".

Así era la vida en la Huasteca, muchas de las familias eran muy pobres y se sobrevivía como se podía, especialmente en los meses que no llovía, a veces ni a maíz, ni a frijol se llegaba, era la estación en la que había pocas frutas para bajar de los árboles, al menos para distraer la barriga.



-Espérate tantito, vente para la cocina- dijo entonces Doña Adela antes de despagarse de la Singer -ven hijito, ven a tomar café con pan.

Aparecía de donde se pudiera un pequeño almuerzo, pues esa era parte de la misión que ella se había impuesto: costurar para tener unos pesos que le permitieran siempre tener algo, lo mínimo para que en su casa no se pasara el hambre. Con su mandil, le limpió la cara y los mocos. De un cajón sacó un cepillo para peinar al niño:

-Ahora si mi hijito, vete a la escuela- sentenció con cariño, habiendo cumplido su tarea.

El chamaco se fue corriendo, con una carita de alegría, alimento en la panza y de pilón, llevaba apretado en el puño una moneda que su tía Adela le acaba de dar:

-Agárralo muy bien mi hijito, no vayas a perder el veinte- le decía mientras el ánimo invadía nuevamente el alma de aquel niño.

Doña Adela fue la hija mayor de una familia de seis. Estudió primer grado de primaria. Después hizo dos grados: segundo y tercero en un año. Le gustaba jugar voleibol, iba al río a nadar, se subía a los árboles, se iba al monte a cortar leña. Contaba que su papá decía: “si Adela hubiera sido niño, ya hubiéramos construido un gallinero”. Pero las cosas en esos tiempos eran más duras todavía. Por una infección pulmonar murió su padre y eso cambió el rumbo de su vida; aún no se había descubierto la penicilina y una simple infección se llevó a su papá y sus ilusiones. Con nostalgia, cuando recordaba ese desafortunado evento decía: “a mí me gustaba estudiar, yo hubiera estudiado medicina o psicología o para ser maestra”. Cosa que logró sin duda, a pesar de no tener el título de la escuela, ¿quién podría negarlo?

En Huejutla, su lugar de nacimiento, en el mero corazón de la Huasteca, conoció al Güero en un evento de carnaval donde él representaba un personaje en una obra cómica. En ese entonces ella era una niña. Años más tarde, cuando ella tenía 17 años empezaron a vivir juntos, luego llegaron los hijos, los primeros tres ahí mismo. Después se fueron a Coyolapa y finalmente se asentaron en Atlapexco.

Cuando vivían en Coyolapa, murió su primer hijo. Dicen que una cortada en el pie fue la causa, tenía anemia y le dio tétanos; así sin médico, sin medicinas y, sobre todo, sin dinero, la impotencia sumió a Doña Adela en un largo y profundo duelo. Los viernes de plaza pasaba por el camposanto y se quedaba llorando en la tumba de su hijo hasta que alguien iba a recogerla para que regresara a su casa. Así es la vida en

la Huasteca: da mucho, pero también quita mucho. Las niñas y niños crecen entre esos recuerdos, de cómo se podía pasar en un instante del juego y la alegría, de la risa y la música donde el violín acompañaba las coplas con la familia y los amigos, al llanto amargo y doloroso, a la melodía lastimera de los sollozos y los sueños rotos. Lo más importante, era que esos mismos tragos difíciles se compartían también con la familia y los amigos. Por eso Xantolo, es la celebración más importante de toda la región; porque se sabe que la vida está ligada a todos los que estuvieron antes aquí y solo por eso, nunca se van, quedan. Son la lluvia que hace crecer las plantas, son las primeras letras que se aprenden en la escuela, son el río que limpia la ropa, el sol cuando se levanta por encima de los cerros, las estrellas que en abril brillan tanto que pareciera que uno puede alcanzarlas con solo desearlo. Y así es, ¿por qué no?

La relación entre Doña Adela y el Güero era más bien tranquila, nunca hubo golpes físicos, ni verbales, hacia ella y menos a sus hijos e hijas. Pero las costumbres son lo que son.

-Una vez- contaba -mis tres hijas mayores, que estaban en su plena juventud, tenían rondando a los muchachos del pueblo que andaban enamorándolas-

Tal y como se aceptaba entonces, se acercaban al Güero, a quien también le decían Cozol, para pedir permiso, pidiendo que fueran a algún baile o fiesta:

-Los muchachos le decían muy respetuosos- contaba Doña Adela haciendo un gesto como de una caravana con sombrero: “buenas noches Don Cozolino, ¿cómo se encuentra usted?, fíjese que hemos venido a pedir permiso para llevar a las muchachas al baile; el baile está muy bueno, pero faltan Chelito, Goyita y Dorita”.



Entonces, él tomaba una actitud como de un gran terrateniente, poderoso, como si tuviera la cartera llena. Decía que era la que asumía el Güero, quien a manera de respuesta contestaba: “Estaría muy bueno, pero ya será en otra ocasión”.

-Eso me daba mucho coraje- decía Doña Adela regresando a su tono de voz -ver a mis hijas que se ponían a llorar porque ya estaban vestidas, ya nada más esperando a que el papá diera el permiso; pero un día me armé de valor y rompí las cadenas y le dije: “mira Güero ¿por qué te pones así?, ¿por qué le contestas así a los muchachos? Si tu engendraste a mis hijas, yo las parí, y si tu mandas ¿yo también!, así que de ahora en adelante yo las voy a llevar”.

Así, cerraba el relato, con un broche de oro: - Desde ese día, con un foco y un cuchillo agarraba a mis hijas y nos íbamos al baile, solamente le decía: “ya nos vamos Güero, al rato regresamos, y él, con un gesto mustio solamente decía algo que sonaba como ¡jum!-. Ese fue un gran logro para ella, porque las tres hermanas más chicas ya solo tenían que avisar que se iban al baile, no pedir permiso.

La enseñanza mayor de Doña Adela fue el ser buenas personas con los demás. Una de sus lecciones más recordadas era la manera en que atemperaba el enojo, cuando alguna de sus hijas, cualquier pariente o visitante renegaba de alguien muy necio o grosero, ese que fastidiaba la vida de los demás. Ella decía entonces: “Tú que puedes, entiéndelo, él no puede entender”. Eso ponía la vara muy alta a cualquiera. De alguna manera exigía entender al otro. Muchos aquí en Atlapexco recuerdan esas palabras siempre que se presenta una situación parecida; procurando con ello tratar de sacar lo mejor de la vida.

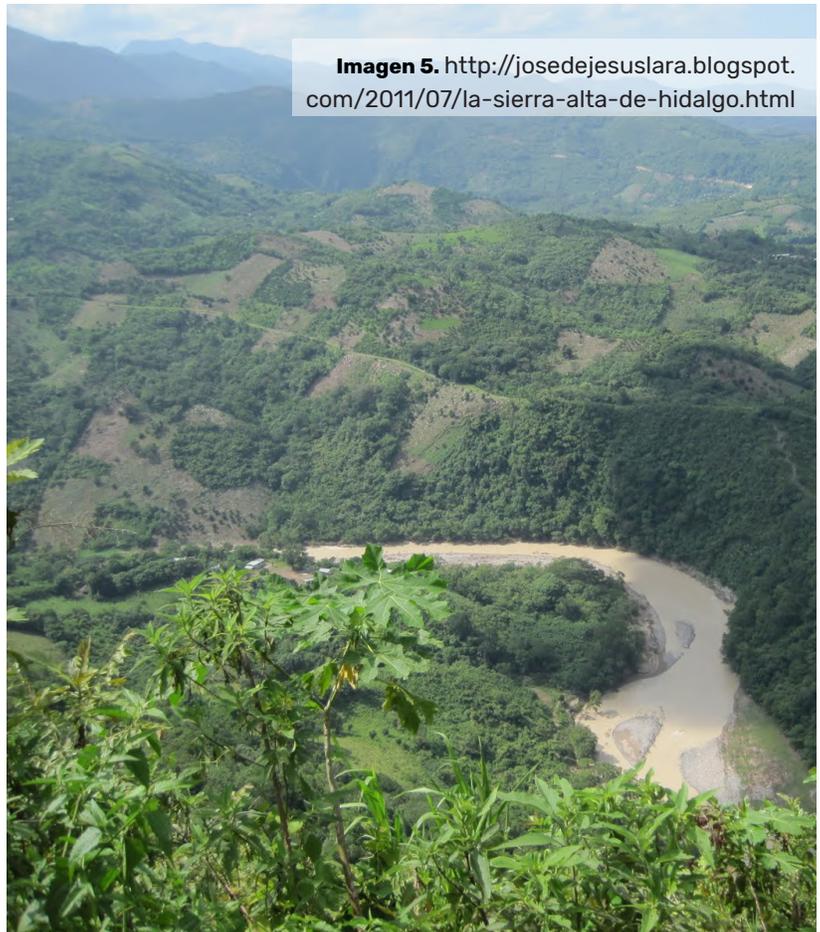


Imagen 5. <http://josedejesuslara.blogspot.com/2011/07/la-sierra-alta-de-hidalgo.html>

Dicen que Doña Adela partió al encuentro de sus hijos, su nieto, de sus padres y del Güero, un día de verano de 2017. Puede que sea así. Lo cierto es que cada vez que alguien pasa al lado del solar, de alguna manera reviven, cuando daba café con pan, una enchila, o la miran sentada en su mecedora, leyendo, sonriente y en medio de una apasionada plática en la que siempre encontraba las palabras justas para quien, le escuchaba con una atención única. Así va a ser, por todo el tiempo que dure Atlapexco y la Huasteca. Porque personas como ella son las que distinguen estas tierras, como una de las regiones más importantes y bellas del país. ¿A poco no se siente un gran orgullo haberla conocido?

